

les hacía notar dos cosas sobresalientes en aquella pintura, á saber: que dondequiera que se pusiese el espectador los ojos del retrato miraban al que le miraba, y que la cadena del reloj, la gola, los botones, la carrillera y placa del morrión, en una palabra, toda la parte metálica estaba pintada de la manera más extraordinaria y magistral.

Las fotografías que daban guardia de honor al lienzo eran muchas, pero colgadas con tan poco sentimiento de la simetría, que se las creería seres animados que andaban á su arbitrio por la pared.

—Muy bien, Sr. D. Maximiliano, muy bien —dijo doña Lupe mirando severísimamente á su sobrino.—Siéntate, que hay para rato.

III

Doña Lupe la de los Pavos.

I

Maximiliano no se sentó; doña Lupe sí, y en el centro del sofá, debajo del retrato, como para dar más austeridad al juicio. Repitió el «muy bien, Sr. D. Maximiliano», con retintin sarcástico. Por lo general, siempre que su tía le daba tratamiento, llamándole *señor don*, el pobre chico veía la nube del pedrisco sobre su cabeza.

—¡Estarse una matando toda la vida—prosiguió ella—para sacar adelante al dichoso sobriño; sortearle las enfermedades á fuerza de mimos y cuidados; darle una carrera quitándome yo el pan de la boca; hacer por él lo que no todas las madres hacen por sus hijos, para que al fin!... ¡Buen pago, bueno!... No, no me expliques nada, si estoy perfectamente informada. Sé quién es esa... dama ilustre con quien te quieres casar. Vamos, que buena doncella te canta... ¿Y creerás que vamos á consentir tal deshonra en la familia? Dime que todo es una chiquillada, y no se habla más del asunto.

Maximiliano no podía decir tal cosa; pero tampoco podía decir otra, porque si en el fondo

de su ánimo empezaban á levantarse olas de entereza, esas olas reventaban y se descomponían antes de llegar á la orilla, ó sea á los labios. Estaba tan cortado, que sintiendo dentro de sí la energía no la podía mostrar por aquella pícara emoción nerviosa que le embargaba. Dejó esparcir sus miradas por la pared testera, como buscando por allí un apoyo. En ciertas situaciones apuradas y en los grandes estupores del alma, las miradas suelen fijarse en algo insignificante y que nada tiene que ver con la situación. Maximiliano contempló un rato el grupo fotográfico de las chicas de Samaniego, Aurora y Olimpia, con mantilla blanca, enlazados los brazos, la una muy adusta, la otra sentimental. ¿Por qué miraba aquello? Su turbación le llevaba á colgar las miradas aquí y allí, prendiendo el espíritu en cualquier objeto, aunque fueran las cabezas de los clavos que sostenían los retratos.

—Explicate, hombre—añadió doña Lupe, que era viva de genio.—¿Es una niñería?

—No, señora—respondió el acusado, y esta negación, que era afirmación, empezó á darle ánimos, aligerándole un poco la angustia aquella de la boca del estómago.

—¿Estás seguro de que no es chiquillada? ¡Valiente idea tienes tú del mundo y de las mujeres, inocente!... Yo no puedo consentir que una pindonga de esas te coja y te engañe para

timarte tu nombre honrado, como otros timan el reloj. A ti hay que tratarte siempre como á los niños atrasaditos que están á medio desarrollar. Hay que recordar que hace cinco años todavía iba yo por la mañana á abrocharte los calzones, y que tenías miedo de dormir solo en tu cuarto.

Idea tan desfavorable de su personalidad exageraba al joven. Sentía crecer dentro la bravura; pero le faltaban palabras. ¿Dónde demonios estaban aquellas condenadas palabras que no se le ocurrían en trance semejante? El maldito hábito de la timidez era la causa de aquel silencio estúpido. Porque la mirada de doña Lupe ejercía sobre él fascinación singularísima, y teniendo mucho que decir, no lograba decirlo. «¿Pero qué diría yo?... ¿Cómo empezaría yo?», pensaba, fijando la vista en el retrato de Torquemada y su esposa, de bracete.

—Todo se arreglará—indicó doña Lupe en tono conciliador—si consigo quitarte de la cabeza esas humaredas. Porque tú tienes sentimientos honrados, tienes buen juicio... Pero siéntate. Me da fatiga de verte en pie.

—Es menester que usted se entere bien—dijo Maximiliano al sentarse en el sillón, creyendo haber encontrado un buen cabo de discurso para empezar;—se entere bien de las cosas... Yo... pensaba hablar á usted...

—¿Y por qué no lo hiciste? ¡Qué tal sería

ello!... Vaya, que un chico delicadito como tú meterse con esas viciosonas!... Y no te quepa duda... Así, pronto entregarás la pelleja. Si caes enfermo no vengas á que te cuide tu tía, que para eso sí sirvo yo, ¿eh?, para eso sí sirvo, ingrato, tunante... ¿Y te parece bien que cuando me miro en ti, cuando te saco adelante con tanto trabajo y soy para ti más que una madre; te parece bien que me des este pago, infame, y que te me cases con una mujer de mala vida?

Rubín se puso verde y le salió un amargor intensísimo del corazón á los labios.

—No es eso, tía, no es eso—sostuvo, entrando en posesión de sí mismo.—No es mujer de mala vida. La han engañado á usted.

—El que me ha engañado eres tú con tus encojimientos y tus timideces... Pero ahora lo veremos. No creas que vas á jugar conmigo; no creas que te voy á dejar hacer tu gusto. ¿Por quién me tomas, bobalicón?... ¡Ah! ¡Si yo no hubiera tenido tanta confianza...! ¡Pero si he sido una tonta; si me creí que tú no eras capaz de mirar á una mujer! Buena me la has dado, buena. Eres un apunte... en toda la extensión de la palabra.

Maximiliano, al oír esto, estaba profundamente embebecido mirando el retrato de Rufinita Torquemada. La veía y no la veía, y sólo confusamente y con vaguedades de pesadilla se hacía cargo de la actitud de la señorita aque-

lla, retratada sobre un fondo marino y figurando que estaba en una barca. Vuelto en sí, pensó en defenderse; pero no podía encontrar las armas, es decir, las palabras. Con todo, ni por un instante se le ocurría ceder. Flaqueaba su máquina nerviosa; pero la voluntad permanecía firme.

—A usted la han informado mal—insinuó con torpeza—respecto á la persona... que... Ni hay tal vida airada ni ese es el camino... Yo pensaba decirle á usted: «Tía, pues yo... quiero á esta persona, y... mi conciencia...»

—Cállate, cállate y no me saques la cólera, que al oírte decir que quieres á una tiota chubasca, me dan ganas de ahogarte, más por tonto que por malo...; y al oírte hablar de conciencia en este tratado, me dan ganas de... Dios me perdone... ¿Sabes lo que te digo?—añadió alzando la voz,—¿sabes lo que te digo? Que desde este momento vuelvo á tratarte como cuando tenías doce años. Hoy no me sales de casa. Ea, ya estoy yo en funciones con mis disciplinas... Y desde mañana me vuelves á tomar el aceite de hígado de bacalao. Vete á tu cuarto y quitate las botas. Hoy no me pisas la calle.

Dios sabe lo que iba á contestar el acusado. Quedó suelta en el aire la primera palabra porque llegó una visita. Era el Sr. de Torquemada, persona de confianza en la casa, que al entrar iba derecho al gabinete, á la cocina, al comedor ó adondequiera que lá señora estu-

viere. La fisonomía de aquel hombre era difícil de entender. Sólo doña Lupe, en virtud de una larga práctica, sabía encontrar algunos jeroglíficos en aquella cara ordinaria y enjuta, que tenía ciertos rasgos de tipo militar con visos clericales. Torquemada había sido alabardero en su mocedad, y conservando el bigote y perilla, que eran ya entrecanos, tenía un no se qué de eclesiástico, debido sin duda á la mansedumbre afectada y dulzona, y á un cierto subir y bajar de párpados con que adulteraba su grosería innata. La cabeza se le inclinaba siempre al lado derecho. Su estatura era alta, mas no arrogante; su cabeza calva, crasa y escamosa, con un enrejado de pelos mal extendidos para cubrirla. Por ser aquel día domingo, llevaba casi limpio el cuello de la camisa; pero la capa era el número dos, con las vueltas aceitosas y los ribetes deshilachados. Los pantalones, mermados por el crecimiento de las rodilleras, se le subían tanto que parecía haber montado á caballo sin trabillas. Sus botas, por ser domingo, estaban aquel día embetunadas, y eran tan chillonas que se oían desde una legua.

—¿Y cómo está la familia?—preguntó al tomar asiento, después de dar su mano, siempre sudorosa, á doña Lupe y al sobrino.

—Perfectamente bien—dijo la señora observando con ansiedad el semblante de Torquemada.—¿Y en casa?

—No hay novedad, á Dios gracias.

Doña Lupe esperaba aquel día noticias de un asunto que le interesaba mucho. Como siempre se ponía en lo peor para que las desgracias no la cogieran desprevenida, pensó, al ver entrar á su agente, que le traía malas nuevas. Temió preguntarle. La cara de militar adulterado no expresaba más que un interés decidido por la familia. Al fin Torquemada, que no gustaba de perder el tiempo, dijo á su amiga:

—Vamos, doña Lupe, que hoy estamos de buena. ¿A que no me acierta usted la peripecia que le traigo?

La fisonomía de la señora se iluminó, pues sabía que su amigo llamaba peripecia á toda cobranza inesperada. Echóse él á reír, y metió mano al bolsillo interior de su americana.

—¡Ay! No me lo diga usted, D. Francisco—exclamó doña Lupe con incredulidad, cruzando las manos.—¿Ha pagado...?

—Lo va usted á ver... Yo... tampoco lo esperaba. Como que fui anoche á decirle que el lunes se le embargaría. Hoy por la mañana, cuando me estaba vistiendo para ir á misa, me le veo entrar. Creí que venía á pedirme más prórogas. Como siempre nos está engañando, que hoy, que mañana... Yo no le creo ni la Biblia. Es muy fabulista. Pero en fin, pedradas de éstas nos den todos los días. «Señor de Torquemada—me dice muy serio,—vengo á pagarle á us-

ted...» Me quedé lo que llaman atónito. Como que no esperaba la peripecia. Finalmente, que me dió el *guano*, ó sean ocho mil reales, cogió su pagaré, y á vivir.

—Lo que yo le decía á usted—observó doña Lupe casi sin poder hablar, con la alegría atravesada en la garganta.—El tal Joaquinito Pez es una persona decente. El pasa sus apurillos como todos esos hijos de familia que se dan buena vida, y un día tienen, otro no. De fijo que será jugador...

Torquemada hizo una separación de billetes, dando la mayor parte á doña Lupe.

—Los seis mil reales de usted..., dos mil míos. Buen chiripón ha sido éste. Yo los contaba, como quien dice, perdidos, porque el tal Joaquinito está, según oí, con el agua al cuello. ¿Quién será el desgraciado á quien ha dado el sablazo? Á bien que á nosotros no nos importa.

—Como no le hemos de prestar más...

—Mire usted, doña Lupe—dijo Torquemada, haciendo una perfecta *o* con los dedos pulgar é índice y enseñándosela á su interlocutora.

II

Doña Lupe contempló la *o* con veneración y escuchó:

—Mire usted, señora, estos señoritos disolutos son buenos parroquianos, porque no reparan en el materialismo del premio y del plazo; pero al fin la dan, y la dan gorda. Hay que tener mucho ojo con ellos. Al principio, el embargo les asusta; pero como lleguen á perder el punto una vez, lo mismo les da *fu* que *fa*. Aunque usted les ponga en la publicidad de la *Gaceta*, se quedan tan frescos. Vea usted al marquesito de Casa-Bojío: le embargué el mes pasado; le vendí hasta la lámina en que tenía el árbol genealógico. Pues, finalmente, á los tres días me le vi en un faetón, como si tal cosa, y pasó por junto á mí y las ruedas me salpicaron el barro de la calle.. No es que me importe el materialismo del barro; lo digo para que se vea lo que son... ¿Pues creará usted que encontró después quien le prestara? Ello fué al cuatro mensual; pero aun al cinco sería, como quien dice, el todo por el todo. Verdad que no molestan, y si á mano viene, cuando piden prórroga, por tenerle á uno contento le dan un destinillo para un sobrino, como hizo el chico de Pez conmigo...; pero

el materialismo del destino no importa; á lo mejor la pegan y de canela fina, créame usted. Por eso, ya puede venir ahora á tocar á esta puerta, que le he de mandar á plantar cebollino.

Al llegar aquí Torquemada sacó su sebosa petaca. Como tenía tanta confianza, iba á echar un cigarro; ofreció á Maximiliano, y doña Lupe respondió bruscamente por él diciendo con desdén: «Este no fuma.»

Las operaciones previas de la fumada duraban un buen rato, porque Torquemada le variaba el papel al cigarrillo. Después encendió el fósforo raspándolo en el muslo. «Como seguro—prosiguió,—aunque da mucho que hacer, el *chico* de la tienda de ropas hechas, José María Vallejo. Allí me tiene todos los primeros de mes como un perro de presa... Mil duros me tiene allí, y no le cobro más que veintiséis todos los meses. ¿Que se atrasa? «Hijo, yo tengo un gran compromiso y no te puedo aguardar.» Cojo media docena de capas, y me las llevo, y tan fresco... Y no lo hago por el materialismo de las capas, sino para que mire bien el plazo. Si no hay más remedio, señora. Es menester tratarles así, porque no guardan consideración. Se figuran que tiene uno el dinero para que ellos se diviertan. ¿Se acuerda usted de aquellos estudiantes que nos dieron tanta guerra? Fué el primer dinero de usted que coloqué. ¡Aquel Cienfuegos, aquel Arias Ortiz! Vaya unos peines. Si no es por mí,

nó se les cobra... Y eran tan tunantes, que después que iban á casa llorándome tocante á la prórroga, me los encontraba en el café atizándose bisteques... y vengan copas de ron y marrasquino... Lo mismo que aquel tendero de la calle Mayor, aquel Rubio que tenía peletería, ¿se acuerda usted? Un día, finalmente, me traje su reloj, los pendientes de su mujer y doce cajas de pieles y manguitos, y aquella misma tarde, aquella mismísima tarde, señora, me le veo en la Puerta del Sol encaramándose en un coche para ir á los toros... Si son así...; quieren el dinero, como quien dice, para el materialismo de tirarlo. Por eso estoy todo el santo día vigilando á José María Vallejo, que es un buen hombre, sin despreciar á nadie. Voy á la tienda y veo si hay gente, si hay movimiento; echo una guiñada al cajón; me entero de si el chico que va á cobrar las cuentas trae *guano*; sermoneo al principal, le doy consejos, le recomiendo que al que paga le crucifique. ¡Si es la verdad, si no hay más camino!... Finalmente, el que se hace de manteca pronto se lo meriendan. Y no lo agradecen, no, señora; no agradecen el interés que me tomo por ellos. Cuando me ven entrar, ¡si viera usted qué cara me ponen! No reparan que están trabajando con mi dinero. Y finalmente, ¿qué eran ellos? Unos pobres pelagatos. Les parece que porque me dan veintiséis duros al mes, ya han cumplido... Dicen que es

mucho, y yo digo que me lo tienen que agradecer, porque los tiempos están malos, pero muy malos.»

En toda la parte del siglo XIX que duró la larguísima existencia usuraria de D. Francisco Torquemada, no se le oyó decir una sola vez siquiera que los tiempos fueran buenos. Siempre eran malos, pero muy malos. Aun así, el 68 ya tenía Torquemada dos casas en Madrid, y había empezado sus negocios con doce mil reales que heredó su mujer el 51. Los un día mezquinos capitales de doña Lupe, él se los había centuplicado en un par de lustros, siendo esta la única persona que asociaba á sus oscuros negocios. Cobrábale una comisión insignificante, y se tomaba por los asuntos de ella tanto interés como por los propios, en razón á la gran amistad que había tenido con el difunto Jáuregui.

—Y con esta fecha y con esta facha me voy— dijo levantándose y colgándose la capa, que se le caía del hombro izquierdo.

—¿Tan pronto?

—Señora, que no he oído misa. Lo que le decía á usted: estaba vistiéndome para salir á oírla, cuando entró Joaquinito á darme la gran peripecia.

—¡Buena ha sido, buena!—exclamó doña Lupe oprimiendo contra su seno la mano en que tenía los billetes, tan bien cogidos que no se veía el papel por entre los dedos.

—Quédate con Dios—dijo Torquemada á Maximiliano, que sólo contestó al saludo con un *ju, ju...*

Y salió al recibimiento, acompañado de doña Lupe. Maximiliano les sintió cuchicheando en la puerta. Por fin se oyeron las botas chillonas del ex-alabardero bajando la escalera, y doña Lupe reapareció en el gabinete. El júbilo que le causaba la cobranza de aquel dinero que creía perdido era tan grande, que sus ojos pardos le lucían como dos carbones encendidos, y su boca traía bosquejada una sonrisa. Desde que la vió entrar, conoció Maximiliano que su cólera se había aplacado. El *guano*, como decía Torquemada, no podía menos de dulcificarla; y llegándose adonde estaba el delincuente, que no se había movido de la butaca, le puso una mano en el hombro, empuñando fuertemente en la otra los billetes, y le dijo:

—No, no te sofokes...; no es para tomarlo así. Yo te digo estas cosas por tu bien...

—Yo, realmente—repuso Maximiliano con serenidad, que más le asombró á él mismo que á doña Lupe,—no me he sofocado... Yo estoy tranquilo, porque mi conciencia...

Aquí se volvió á embarullar. Doña Lupe no le dió tiempo á desenvolverse, porque se metió en la alcoba, cerrando las vidrieras. Desde el gabinete la sintió Maximiliano trasteando. Guardaba el dinero. Abriendo después la puerta, mas sin

salir de la alcoba, la señora siguió hablando con su sobrino:

—Ya sabes lo que te he dicho. Hoy no me sales á la calle... Y desde mañana empezarás á tomarme el aceite de hígado de bacalao, porque todo eso que te da no es más que debilidad del cerebro... Luego seguiremos con el fosfato, otra vez con el fosfato. No debiste dejar de tomarlo...

Maximiliano, como no tenía delante á su tía, se permitió una sonrisa burlona. Miraba en aquel momento á su tío el señor de Jáuregui, que le miraba también á él, como es consiguiente. No pudo menos de observar que el digno esposo de su tía era horrendo, ni comprendía cómo doña Lupe no se moría de miedo cuando se quedaba sola, de noche, en compañía de semejante espantajo.

—Conque ya sabes—dijo al aparecer en la puerta abrochándose su cuerpo de merino negro, pues se estaba disponiendo para salir:—ya puedes ir á quitarte las botas. Estás preso.

Fuese el joven á su cuarto sin decir nada, y doña Lupe se quedó pensando en lo dócil que era. El rigor de su autoridad, que el muchacho acababa siempre con veneración, sería remedio eficaz y pronto del desorden de aquella cabeza. Bien lo decía ella: «En cuanto yo le doy cuatro gritos, le pongo como una liebre. Trabajo les mando á esas lobas que me le quieran trastornar.»

—¡Papitos!...—gritó la señora, y al punto se

oyeron las patadas de la chica en el pasillo como las de un caballo en el Hipódromo.

Presentóse con una patata en la mano y el cuchillo en la otra.

—Mira—le dijo su ama con voz queda:—ten cuidado de ver lo que hace el señorito Maxi mientras yo estoy fuera. A ver si escribe alguna carta ó qué hace.

La mona se dió por enterada, y volvió á la cocina dando brincos.

—A ver—dijo la señora hablando consigo misma,—¿se me olvidará algo?... ¡Ah!, el portamonedas. ¿Qué hay que traer?... Fideos, azúcar... y nada más. ¡Ah!, el aceite de hígado de bacalao: lo que es eso no se lo perdono. A cucharetazos es como se cura esto. Y ahora no habrá el realito de vellón por cada toma. Ya es un hombre; quiero decir, ya no es un chiquillo.

Figúrese el lector cuál sería el asombro de doña Lupe *la de los Pavos*, cuando vió entrar en la sala á su sobrino, no con zapatillas ni en tren de andar por casa, sino empaquetado para salir, con su capa de vueltas encarnadas, su chaqué azul y su honguito de color de café. Tan estupefacta y colérica estaba por la desobediencia del mancebo, que apenas pudo balbucir una protesta... «Pe... pero...»

—Tía—dijo Maximiliano con la voz alterada y temblorosa,—no pue..., no puedo obedecer á usted... Soy mayor de edad. He cumplido vein-

ticinco años... Yo la respeto á usted; respéteme usted á mí.

Y sin esperar respuesta, dió media vuelta y salió de la casa á toda prisa, temiendo sin duda que su tía le agarrase por los faldones.

Bien claro explicaba él su conducta chismorreando consigo mismo: «Yo no sé defenderme con palabras; yo no puedo hablar, y me aturullo y me turbo sólo de que mi tía me mire; pero me defenderé con hechos. Mis nervios me venden; pero mi voluntad podrá más que mis nervios, y lo que es la voluntad, bien firme la tengo ahora. Que se metan conmigo, que venga todo el género humano á impedirme esta resolución: yo no discutiré, yo no diré una palabra; pero adonde voy, voy, y al que se me ponga por delante, sea quien sea, le piso y sigo mi camino.

III

Doña Lupe se quedó que no sabía lo que le pasaba.

—¡Papitos, Papitos!... No, no te llamo... vete... ¿Pero has visto qué insolente? Si no es él, no es él... Es que me le han vuelto del revés, me le han embrujado. ¿Habrá tunante? Si estoy por seguirle y avisar á una pareja de Orden público para que me le trinquen... Pero á la noche nos veremos las caras. Porque tú has de volver, tú

tienes que volver, sietemesino hipócrita... Papitos, toma, toma; bájate por los fideos y el azúcar. Yo no salgo, no puedo salir. Creo que me va á dar algo... Mira: te pasas por la botica y pides un frasco de aceite de hígado de bacalao, del que yo traía. Ya saben ellos. Dices que yo iré á pagarlo... Oye, oye: no traigas eso. ¡Si no lo va á querer tomar!... Tráete una vara. No, no traigas tampoco vara... Te pasas por la droguería y pides diez céntimos de sanguinaria. A mí me va á dar algo...

Estaba, en efecto, amenazada de un arrebatado de sangre, y la cosa no era para menos. Nunca había visto en su sobrino un rasgo de independencia como el que acababa de ver. Había sido siempre tan poquita cosa, que donde le ponían allí se estaba. Voluntad propia, no la tuvo jamás. En ningún tiempo fué preciso ponerle la mano encima, porque un fruncimiento de cejas bastaba para traerle á la obediencia. ¿Qué había pasado en aquel cordero para convertirle en algo así como un leoncillo? La mente de doña Lupe no podía descifrar misterio tan grande. Tras de la cólera y la confusión vino el abatimiento, y se sentía tan rendida físicamente como si hubiera estado toda la mañana ocupada en alguna faena penosa. Quitóse con pausa los trapitos domingueros que se había empezado á poner, y volvió á llamar á la mona para decirle: «No hagas más que unas sopas de ajo. El señoritingo

no vendrá á almorzar, y si viene le acusaré las cuarenta.»

Tomando la sillita baja, que usaba cuando cosía, la colocó junto al balcón. Le dolía la cintura, y al sentarse exhaló un ¡ay! Para coser usaba siempre gafas. Se las puso, y sacando obra de su cesta de costura, empezó á repasar unas sábanas. No le repugnaba á doña Lupe trabajar los domingos, porque sus escrúpulos religiosos se los había quitado Jáuregui en tantos años de propaganda matrimonial progresista. Púsose, pues, á zurcir en su sitio de costumbre, que era junto á la vidriera. En el balcón tenía dos ó tres tiestos, y por entre las secas ramas veía la calle. Como el cuarto era principal, desde aquel sitio se vería muy bien pasar gente, en caso de que la gente quisiese pasar por allí. Pero la calle de Raimundo Lulio y la de Don Juan de Austria, que hace ángulo con ella, son de muy poco tránsito. Parece aquello un pueblo. La única distracción de doña Lupe en sus horas solitarias era ver quién entraba en el taller de coches inmediato ó en la imprenta de enfrente, y si pasaba ó no doña Guillermina Pacheco en dirección del asilo de la calle de Alburquerque. Lugar y ocasión admirables eran aquellos para reflexionar, con los trapos sobre la falda, la aguja en la mano, los espejuelos calados, la cesta de la ropa al lado, el gato hecho una pelota de sueño á los pies de su ama. Aquel día doña Lupe te-

nía, más que nunca, materia larga de meditaciones.

«¡Que se esté una sacrificada toda la vida para esto! .. El no lo sabe, ¿qué ha de saber, si es un tontín? Le ponen el plato delante, ¿y qué sabe las agonías que ha costado ponérselo?... ¡Pues si le dijera yo que cada garbanzo, algunos días, tiempo ha, tenía el valor de una perla... según lo que costaba traerlo á casa!... No sé qué habría sido de mí sin el Sr. de Torquemada, ni qué hubiera sido de Maxi sin mí. ¡Lucida existencia sería la suya si no hubiera tenido más arrimo que el de sus hermanos! Dime, bobo de Coria, ¿si yo no hubiera trabajado como una negra para defender el panecillo y poner esta casa en el pie que tiene; si no discurriera tanto como discurro, calentándome los sesos á todas horas y empleando en mil menudencias estas entendederas que Dios me ha dado, ¿qué habría sido de ti, ingrátuelo?... ¡Ah! ¡Si viviera mi Jáuregui!»

El recuerdo de su difunto, que siempre se avivaba en la mente de doña Lupe cuando se veía en algún conflicto, la enterneció. En todas sus aficciones se consolaba con la dulce memoria de su felicidad matrimonial, pues Jáuregui había sido el mejor de los hombres y el número uno de los maridos. «¡Ay, mi Jáuregui!», exclamaba echando toda el alma en un suspiro.

Don Pedro Manuel de Jáuregui había servido en el Real Cuerpo de Alabarderos. Después se

dedicó á negocios, y era tan honrado, pero tan sosamente honrado, que no dejó al morir más que cinco mil reales. Oriundo de la provincia de León, recibía partidas de huevos y otros artículos de recoba. Todos los paveros leoneses, zamoranos y segovianos depositaban en sus manos el dinero que ganaban, para que lo girase á los pueblos productores del artículo, y de aquí vino el apodo que le dieron en Puerta Cerrada y que heredó doña Lupe. También recibía Jáuregui, por Navidad, remesas de mantecadas de Astorga, y á su casa iban á cobrar y á dejar fondos todos los ordinarios de la maragatería. En política hizo gran papel D. Pedro por ser uno de los corifeos de la Milicia Nacional, y era tan sensato, que la única vez que se sublevó lo hizo al grito mágico de ¡Viva Isabel II! Falleció aquel bendito, y doña Lupe se hubiera muerto también si el dolor matara. Y no se vaya á creer que le faltaron pretendientes á la viudita, pues había, entre otros, un D. Evaristo Feijóo, coronel de ejército, que le rondaba la calle y no la dejaba vivir. Pero la fidelidad á la memoria de su feo y honrado Jáuregui se sobreponía en doña Lupe á todos los intereses de la tierra. Después vino la crianza y cuidado de su sobriño, que le dieron esa distracción tan saludable para las desazones del alma. Torquemada y los negocios ayudáronla también á entretener su existencia y á conllevar su dolor... Pasó tiempo,

ganó dinero, y lentamente vino la situación en que la he descrito. Frisaba ya doña Lupe en los cincuenta años, mas estaba tan bien conservada, que no parecía tener más de cuarenta. Había sido en su mocedad frescachona de cuerpo y enjuta de rostro, y tenía cierto parecido remoto con Juan Pablo. Sus ojos pardos conservaban la viveza de la juventud; pero tenía cierta adustez jurídica en la cara, acentuada de líneas y seca de color. Sobre el labio superior, fino y violado cual los bordes de una reciente herida, le corría un bozo tenue, muy tenue, como el de los chicos precoces, vello finísimo que no la afeaba ciertamente; por el contrario, era quizás la única pincelada feliz de aquel rostro semejante á las pinturas de la Edad Media, y hacía la gracia el tal bozo de ir á terminarse sobre el pico derecho de la boca con una verruguita muy mona, de la cual salían dos ó tres pelos bermejós que á la luz brillaban retorcidos como hilillos de cobre. El busto era hermoso, aunque, como se verá más adelante, había en él algo y aun algos de falseamiento de la verdad.

Descollaba doña Lupe por la inteligencia y por el prurito de mostrarla á cada instante. Así como á otras el amor propio les inspira la presunción, á la viuda de Jáuregui le infundía convicciones de superioridad intelectual y el deseo de dirigir la conducta ajena, resplandeciendo en el consejo y en todo lo que es prácti-